



Primicias Literarias

QUE LOS MIEMBROS

DEL

“LICEO DE LA JUVENTUD

DEL AZUAY”

OFRECEN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN, AL TERMINAR SU CULTO DE MAYO.

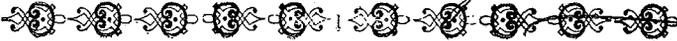


CUENCA—1901

IMPRENTA LITERARIA DE LUIS CORDERO.

A Luis Felipe Bojza Torrez
su amigo

Miguel A. Cordero



PROSPECTO.



El Liceo de la Juventud del Azuay, que, por circunstancias de todos conocidas, ha dejado de estudiar y escribir durante los últimos años, dispierta hoy de su largo sueño y vuelve á la interrumpida labor, deseando que no la perturbe ninguna de esas funestas borrascas que enlutan el horizonte, desatan vientos aciagos y matan la luz, aún en el repuesto santuario de las Letras.

Las tradiciones de esta corporación juvenil son muy honrosas. Llamada, en un principio, "Sociedad de la Esperanza," y cambiando, algún tiempo después, su nombre por el actual, ha dado frutos dignos de todo aprecio; pues miembros distinguidos de ella fueron el doblemente malogrado escritor Don Federico Proaño, los Señores Matovelle, Vázquez, Moreno, Aguirre, Crespo Toral y otros literatos y poetas cuencanos de justa nombradía.

Reconstituída actualmente, se propone seguir las nobles huellas que han quedado estampadas en su camino, y llama con entusiasmo á cuantos jóvenes quisieren so-

bresalir entre sus coetáneos, por la elegancia de la pluma ó por los melodiosos acordes de la lira.

Objeto especial del Liceo son los estudios literarios, es decir, el del lenguaje, el de la elocuencia, el de la poesía, el de los más afamados modelos y el de cuanto se relaciona con tales materias.

La juventud agrupada en este instituto escribirá constantemente artículos y poesías, que se lean, examinen y critiquen, por vía de ensayo; pero, cuando alguna producción merezca ser publicada, á lo menos para solaz de su autor y estímulo de los consocios, verá la luz pública en una pequeña Revista del Liceo, la que se imprimirá mensualmente, desde fines de Octubre próximo.

Heraldo de ella es el presente folleto, en el que varios jóvenes, decididamente católicos, como todo cuencano, consagran las humildes primicias de su naciente ingenio á la Reina de los Angeles, como flores que, al rayar el alba, se toman de humilde jardín y colocan devotamente en el altar, empapadas todavía en el matinal rocío.

Son obsequio de Mayo, para nuestra Madre y Señora. Si alguien repara en que son inodoras ó silvestres, fíjese en lo mucho que cuesta cultivarlas, para que compitan con las bellas y fragantes de nuestros más eximios jardineros.....

SUB TUUM PRÆSIDIUM.



Virgen sin mancha ! al pie de tus altares
Deshoja ufano sus primeras flores,
Salpicadas de dichas y pesares,
Este creyente grupo de cantores.

Bajo tu amparo y á tu sombra quiere
Librar las lides del saber con gloria;
Mas á las letras la virtud prefiere:
Dale en virtud y letras la victoria.

MIGUEL CORDERO DÁVILA.

Dedicatoria

Para Ti es este manojito de flores, Madre mía:

Para Ti, que gustas de morar aún entre los hijos del pecado:

Para Ti, que enciendes nuestras juveniles fantasías con la chispa de la fe:

Para Ti, que apartas, con mano amorosa, los guijarros de nuestro camino:

Para Ti, luz de los astros, perfume y matiz de las flores:

Para Ti, cuya voz escuchamos aún en el caer de la hojarasca seca sobre las linfas del Tomebamba:

Para Ti, que eres toda amor, toda bendición, toda poesía.

Sencillo es el obsequio, Madre adorada, pero espontáneo y sincero. Recíbelo tal cual es, tal cual ha brotado de nuestras almas.

Los ensayos que te ofrecemos no tienen, es verdad, la dulzura de los ruiñeños que te cantaron bajo los sauces del *Tomebamba*,

allá, en los antiguos sábados de Mayo. Pero el eco tiene también su poesía, la poesía de lo ignorado, de lo recóndito, la poesía de la soledad, del misterio. Y nuestros cantos son el eco de esos ruiseñores que te cantaron en aquellos antiguos sábados, aquí, bajo los sauces del *Tomebamba*.

A. RODRÍGUEZ.



EL ÚLTIMO CREPÚSCULO DE MAYO.



¡ Cuenca ! la última tarde del mes de las flores termina ya.... Las nubes, en graciosos penachos, se elevan sobre las cimas de tus cerros y ascendiendo en espiral inmensa, van á ocultar tu esplendoroso cielo ecuatorial ... El sol, tras las azules montañas, agoniza, irradiando por doquiera su moribunda luz; y el horizonte, teñido por la rojiza claridad del crepúsculo, que tímido aparece, anuncia que la noche va á extender su espacioso manto sobre ti, la ciudad predilecta del Señor !

Las fugitivas notas de los bronces de tus Iglesias aún repercuten en las quiebras de tus campos, que recibieron la savia fecundante del sol de primavera, se coronaron de flores y te aprisionaron en un cerco de verdura.... Y esas notas, confundidas con las del

campesino, que, cantando alegremente, regresa á su casa, se pierden en desordenados remolinos en los confines de tu comarca ! . . .

Las aves de tus huertos vuelan presurosas, en busca de sus nidos, se posan sobre las flexibles ramas de tus frondosos árboles y entristecidas contemplan la agonía del Mayo florido. El gorrión te envía su postrer gorjeo, la tórtola su último arrullo, su acento melancólico el mirlo . . . y el gorrión, la tórtola, el mirlo, las aves todas, silenciosas duermen después.

Las aromáticas flores que perfumaban tus jardines, que se mecieron á la sombra benéfica de Mayo y exhalaron precioso perfume á la aurora de su sol, hoy, á la puesta de ese sol radioso, cierran sus argentados broches: se empaña su brillo; piérdese su aroma, y mientras ayer, al leve soplo del blando céfiro, juguetonas se balanceaban, hoy, sin brillo, sin aroma, marchitas sus corolas, sobre sus tallos inclinadas yacen !

La tímida virgen que unía á los cánticos de la Iglesia sus juramentos de amor á la Reina de las victorias; el joven que ensayaba en su laud las primeras notas, y los bardos que, conmovidos, tomaban sus liras y les arrancaban melodiosos acentos, hoy, sin voz la virgen, sin laud el joven, sin sus liras los bardos, todos en silencio dormitan ! . . .

¡ Cuenca, el último crepúsculo de Mayo termina ! El sol que, enamorado, besó tu frente de esmeralda, oculto tras las montañas se halla ya . . . La negra noche extiende su oscuro manto sobre ti, la predilecta de

Dios, y en los aleros de tus casas y de tus templos, el viento gimé en melancólicas notas!....

Los cantares de tus poetas, en prolongadas ondas al cielo suben, y mis primeros acentos, llevados por el viento, en confusos acordes, en la oscuridad de la noche se pierden!... Oh María! las cuerdas de mi laud no dan sonos armoniosos; mis temblorosas manos no aciertan á pulsarlas; pero tuyo sea mi canto, tuyos mis débiles acentos. Recíbelos, Madre! y no olvides que tuyo es mi laud, tuyo mi corazón!..... Al contemplar el último crepúsculo de tu mes bendito, déjame lanzar melancólicas notas, mientras veo á Cuenca, la predilecta de Dios, oscuro su brillante cielo, empañada la nívea claridad de su horizonte, marchitas las flores de sus jardines; sin laud el joven, sin lira los poetas!..

.....

NICANOR MERCHÁN.

ETERNO AMOR A MARIA.

El amor nace con el corazón: la primera palabra del niño es palabra de amor á su madre.

Para un cristiano, hay un amor superior á todo, un Ser que encanta la existencia y que, sin sentir, amamos desde la cuna; que

nos guía en los senderos de la vida y enjuga la primera y última lágrima de dolor; que nos acompaña hasta mas allá de la tumba, constituyendo nuestra eterna felicidad: ese Ser bendito es María.

El heroísmo de las madres llega, á veces, hasta el martirio. María, nuestra excelsa madre, no sólo sacrifica su vida en aras del dolor, en el Calvario, sino que inmola á su divino Hijo, para libertar al hombre de la esclavitud en que yacía. Ella es, pues, la corredentora de la humanidad, y así como Jesucristo ha venido por medio de élla, para concedernos el don inestimable de la libertad, así vendrá un día también, con María, para consolidar la obra iniciada en la cruz, cuando el último sacerdote celebre la misa final.

La devoción más fácil, más tierna, más hermosa, es la consagrada á la Virgen. Desgraciado del que llega á perderla! Por eso, en todos los tiempos, las familias y la sociedad han cifrado su mayor gloria en venerar á María.

Testigos elocuentes de ese amor filial son las rocas de Masabielle, y los grandiosos monumentos erigidos para perpetuar su nombre.—En esas capillas, prosternados públicamente, se ven católicos de todos los rincones del mundo, que, en diversos idiomas, alaban á la soberana Señora de los pueblos. ¡Como quisiera, Madre mía, estar un instante en uno de esos santuarios, para rogarte que cures las hondas heridas de mi alma, llenes los vacíos que día á día consumen mi existen-

cia!.... Pero qué digo. ¿Acaso, entre nosotros, no hay altares en que se venera á la Virgen inmaculada, desde donde dirige ella su mirada compasiva á lo íntimo de los corazones, conmoviéndolos y llenándoles de gracias?

Hay reminiscencias que jamás se olvidan; hay amores que nunca fenecen: tales son los recuerdos de un niño. Todos amamos á María, en la infancia, en la adolescencia, cuando desaparecen nuestras ilusiones y cuando llegamos al término de nuestra jornada. De este modo, María es el fin de nuestras aspiraciones.

En el cielo, los ángeles loan á María; en la tierra, la naturaleza, con todos sus encantos, le rinde homenaje: las flores le obsequian perfumes; el agua rumores de armonía; la luz su esplendor.—Si todas las criaturas no pueden manifestársete insensibles, ¿yo qué te ofreceré, Madré mía?

No tengo flores; todas se han deshojado, al soplar el vendaval, y ahora yacen marchitas y agostadas, en lo íntimo de mi alma.

La feliz alborada de mi vida ha pasado cual humo fugaz. ¿Qué te ofrendaré, Madre mía? Lo único que conservo es la fe que, cuando niño, mi madre me inspiraba junto á tus altares. Recibe este tributo del alma, no tan puro como la ofrenda del niño de entonces, sino tinto en sangre de las heridas de la vida. Recíbelo, María, como Jacob recibió la túnica ensangrentada de José.

Por esta pequeña ofrenda, haz que nunc a se extinga en mi pecho el inapreciable tesoro de la fe.

En mis horas de tristeza, cuando, abatido,
caiga á tus plantas, desfalleciendo en medio
del camino, recuerda, Madre mía, que te he
jurado amor eterno. ¡ Sé siempre mi Madre !

ALFONSO MARÍA MORA.

FLORES Y ESPINAS.

Á MARÍA.

¡ Oh, quién me diera grata melodía,
Para cantar á la que Dios venera !
¡ Oh quién me diera, célica María !
¡ Oh quién me diera
Que escucharas mi voz desacordada
Por vez primera !
Tuya fuera mi cítara preciada,
Si la tuviera !

Cuanto yo siento, si ante ti me postro,
En demanda de alivio á mi tormento;
Cuanto yo siento, al ver tu dulce rostro.
Cuanto yo siento,
Decir á ti mi corazón quisiera,
Este momento;
Pero el lenguaje vil vuelve quimera
Mi pensamiento.

Mas yo podría desgarrarme el pecho
Y el corazón mostrarte, Madre mía;

Mas yo podría dártelo deshecho;
Mas yo podría.
Pero no, que tu púdica mirada
En él vería.
Perfidia, ingratitud, escoria, nada.
¡ Perdón, María !

Como, entre espinas de la selva espesa,
Busca el colibrí flores purpurinas,
Como entre espinas las encuentra y besa;
Cómo entre espinas
Preciosas flores en mi pecho hallara !
Que entre ruínas
Dejó, para irse, mi niñez tan cara,
Huellas divinas.

Intento en vano separar aquellas
De tanto abrojo, con mi ruda mano;
Intento en vano darte las más bellas;
Intento en vano;
Que ya elijo una flor, la más preciada,
La arranco ufano,
Mas ¡ ay ! con mil espinas arrancada,
Tu altar profano !

Pero, María, tú eres madre amante,
Te interesan mi amor y mi falsía,
Pero María, tú, bondad constante,
Pero, María,
Mi corazón querrás con sus dolores:
Sí, madre mía,
Con él, espinas mil, escasas flores
Recibe hoy día.

MANUEL M. ORTIZ.

A MARIA.

¿ Qué te daré, Madre Santa ?
Te entrego mi corazón.
Hoy, que mi tristeza es tanta,
Tenme, Madre, compasión.

Acoge la oración mía;
No desoigas mi clamor:
Que el perdón de Dios, María,
Sea tu excelso favor !....

Mi juventud te confío,
Única y marchita flor,
Con lágrimas por rocío,
Mas por perfume tu amor.

RAMÓN M. BURBANO.

A TUS PLANTAS.

Oh Madre ! vuelvo otra vez
A cumplir mi juramento;
Llegó tu mes de contento;
Flores dió Mayo á tus pies.
Y tu fúlgida hermosura,
Virgen pura,

Se va copiando en las flores
Que, entre susurro de amores,
Saludan tu nuevo sol.

Un año há, lleno de amor,
Te ofrendé mi primer canto,
Aunque empapado en el llanto
De la orfandad y el dolor.
¡Qué tristes días, Señora!
Aun devora
Ese recuerdo mi vida;
Aun no se cierra la herida
Que el Cielo en mi pecho abrió.

¡Cómo quisiera cantarte....!
Trócese mi voz en llanto....
¿Cómo he de cantar, si al canto
Lágrimas se han de mezclar?
Por eso de mi arpa rota
Siempre brota
La canción de mis pesares,
Que en tus benditos altares
Triste viene á resonar.

Madre mía, tú lo ves,
Sólo tengo, en mis dolores,
Que dejar, entre tus flores,
Mi pobre canto de amor.
Aunque lllore lastimera
La primera
Ilusión que se ha deshecho
Y esconda en mi mustio pecho
Cenizas del corazón.

ALFONSO ANDRADE CH.

OFRENDA A MARÍA.

Cual humilde peregrino
Que va en busca de alimento,
Madre, busca el pensamiento
Qué poderte hoy ofrendar.
Mi corazón te lo diera;
Pero qué ! si está manchado,
Y así indigno, con pecado,
¿Cómo te he de consagrar?

En medio de mi flaqueza,
He conseguido un tesoro,
Y por éste de ti imploro,
Que me tengas compasión.
A mi madre le he pedido
Algo digno que ofrecerte,
Y me ha dado, por mi suerte,
Su materno corazón.

Éste lo pongo á tus plantas:
Acéptamelo, María,
Tú, que en la última agonía,
A mi alma has de confortar.
Recuerda que has prometido
A todo aquel que te implora
Y á tus pies postrado llora,
En tu reino consolar.

El corazón de mi madre,
Mi amor y mi penitencia,
Esto doy á tu clemencia;
No desoigas mi clamor.

Sé el sostén del alma mía,
Mientras cruza por el mundo;
Calma mi dolor profundo;
Dame vivir de tu amor.

LUIS A. SERRANO.

LA VIRGEN Y EL POETA.

Un poeta, paseando silencioso
Por el hermoso campo de Biblián,
Miró hacia el cielo, distinguió una gruta,
Siguió su ruta
Y descubrió una Virgen y un altar.

Templó su lira, y un sublime canto,
Ardiente, santo, lleno de piedad,
Se elevó de su pecho, que latía,
Bajo una fría
Dura losa de tedio y de pesar.

La Virgen inclinó su faz divina,
Desde la andina roca de su altar,
Y pronunció, con voz dulce y suave
Cual canto de ave,
Estas palabras llenas de bondad:

“Si tu alma tienes ven á las faldas
siempre oprimida; de mis montañas,
si alguna herida que entre sus cañas
te hace penar, te he de esperar.

Si necesitas
algún oído
do tu gemido
depositar,
ven á mi gruta,
dime tu pena,
tu *Madre buena*
la ha de aliviar”.

Desde ese día,
si alguna pena
fiera encadena
su corazón,
allá el poeta
va presuroso
y trueca en gozo
su honda aflicción.

Calló la Virgen;
lloró el poeta;
la brisa inquieta
gimió al pasar;
sonó la lira
dulce, armoniosa;
cayó una rosa
sobre el altar.

Que, cuando el mundo
declara artero
combate fiero
á la piedad,
aquesta busca
grutas y cañas
ó en las montañas
la soledad.

EMILIANO J. CRESPO.

¡ ACUÉRDATE, MADRE !

¿ Te acuerdas que, cuando niño,
Lleno de infantil amor,
Te dí, con filial cariño,
Mi inocencia, blanca flor ?

Y cuando la recibiste
Con tu maternal ternura:
No temas, no, me dijiste,
Yo cuidaré su hermosura.

En ceno el cáliz deshecho,
Muerta está la blanca flor
Y en la tumba de mi pecho,
Yace sin vida ni olor.

Tú, de quien toman esencia
Las flores ¡ oh Madre mía !
Devuélveme la inocencia,
Que me aceptastes un día.

F. RICARDO CUESTA V.

PLEGARIA Á MARÍA.

Celestial Madre, recibe,
Si á tanto tu amor se humilla,
Esta plegaria sencilla,
Que te ofrece mi candor,
Simbolizando con ella,
Como en un marchito lirio,
De mi juvenil martirio
Las primicias del dolor.

Sé siempre, Virgen amada,
Fiel inspiración bendita,
La antorcha que necesita
Este pobre corazón;
Sé, Madre, luciente estrella,
Que, por senda luminosa,
Me alumbre y guíe amorosa
A mi eterna salvación.

Celestial Virgen y Reina,
Bella paloma del cielo,
Ya que colmas de consuelo
Al que implora tu favor,
También yo á pedirte vengo,
Hermosísima María,
Seas mi amparo y mi guía
En el valle del dolor.

Cúbrame siempre, Señora,
Caritativo tu manto
Y á su abrigo sacrosanto
Subiré del cielo en pos.
Guíame, que en mi camino,
De ti, luminosa estrella,
Seguiré de luz la huella,
Para llegar hasta Dios.

MIGUEL HEREDIA CRESPO.

UNA FLOR MARCHITA.

¡ Oh madre bendecida,
De tu mes á los plácidos albores,
Al despuntar la aurora apetecida,
Cual hijo, á buscar flores,
Para ofrendarte á mi jardín querido,
Fuí; pero estaba seco y en olvido.

Las fuentes, sin cristales,
No esparcían rumores deleitosos;

El nido que suspenso en los ramales
De mirtos olorosos
Se vía, estaba lóbrego y desierto,
Cual la cuna infeliz de un hijo muerto.

La tímida paloma
No arrullaba; ni el viento en las cortinas
Del sauce susurraba; ni en la loma
Daba sus argentinas
Notas el rondador de los pastores,
Que cantan inocentes sus amores.

Se hallaba todo triste,
Más triste que un sepulcro abandonado;
Entre tántos escombros ya no existe
Nada de lo pasado:
Las flores sin aroma, por el suelo,
Esparcidas, cual lágrimas de duelo.

En medio á tal tristeza,
Una flor inclinada se veía,
Perdidos su esplendor y su belleza....
Mi corazón, María,
Despojo de mis íntimos pesares,
Quede latiendo al pie de tus altares.

JUAN A. IÑIGUEZ V.

AMOR DE MADRE.

Madre de amor, va errando peregrino
Mi corazón, que en soledad lamenta,

Tú, refulgente faro en la tormenta,
Guía á puerto seguro mi destino !

Hundiéndose en las brumas de mi vida,
Mi primera ilusión morir se siento,
Agonizante luz, que sin aliento
Da á la tarde el adiós de despedida.

Como el perfume de mi flor más bella,
Dejo en tu altar mi postrimer suspiro:
Ciego en mi llanto, en mi dolor te miro;
Pues Tú me alumbras, perdurable estrella.

Guíame, Madre, guíame hasta el cielo !
Si hoy no tengo las flores que te daba,
Si entonces puro el corazón te amaba,
Hoy dame tu perdón y tu consuelo.

MANUEL RUIZ M.

LA CASA DE MARÍA.

Cada vez que alzo los ojos
Hacia al sur de donde vivo,
Veo una casita blanca
De singular atractivo.

Es su peana una roca,
Donde, alegres y sencillas,
Apacientan sus rebaños
Inocentes pastorcillas

Existe en el fondo un valle
Y en ese valle hay un río,
A cuya margen estaba,
Antes de hoy, el hogar mío.

Un día, desesperado,
Lloraba junto á mi madre;
Pues el infausto destino
Quitó su casa á mi padre.

Apenas mitigué el llanto,
La casita blanca vi
Y á mi madre preguntéle:
Quién es el que habita allí?

Es la Reina de los cielos,
Es nuestra madre adorada
La que esa humilde casita
Hoy tiene por su morada.

Ay ! si es así, ya no lloro;
Saber solo esto quería:
¡ Viva la casita blanca !
Que, si es de esa Reina, es mía.

JOSÉ MARÍA ESCUDERO R.

FE Y ESPERANZA.

Si, por severa ley, es imposible
¡ Madre del hombre, de los cielos Reina !

Que la gigante cumbre de los montes
A confundirse con los valles venga;
Que de los mares las movibles ondas
Sosieguen su furor en la tormenta;
Que los rayos del sol esplendorosos
Su clara lumbre para siempre pierdan,
Porque asome otro sol, que en el espacio,
Como él, á las estrellas oscuresca;
Que la cabaña de labriego humilde
Con la mansión compita de alto César;
Que el arroyuelo, que bullendo baja
Por la dura pendiente de la sierra,
Su paso agite, su murmurio acalle
Y hacia su ignoto manantial se vuelva;
Que, en fin, de Mayo las lozanas flores
Pierdan su aroma regalado, oh Reina!
Imposible también será, si nunca
De mí retiras tu mirada tierna,
Que en mi mente la fe su lumbre apague
Y que en mi pecho la esperanza muera.

JOSÉ MANUEL A. GUILLÉN.

ESPINAS.

Te ofrece el sol brillantes resplandores,
Cuando tiñe las nubes de escarlata;
La luna, macilenta luz de plata
Te envía, por la noche, en sus fulgores.

Te da el arroyo armónicos rumores,

Y el cristal en que el cielo se retrata;
Su tronido la hirviente catarata,
Y la torcaz sus cánticos de amores.

La lira del poeta el sentimiento
Y el armonioso acorde de su acento;
Sus arrullos la cándida paloma;

El bosque y la pradera grato aroma;
Su yedra trepadora las ruínas
Y yo, Madre, de mi alma las espinas.

ALFONSO MALO R.

CONFIDENCIAS Á MARÍA.

Fuente pura, cristalina,
De un paraíso de amor,
Donde refleja perenne
De gracia el divino Sol,
Es, en medio de los cielos,
María, tu corazón.

Clara estrella de mis noches,
De mis noches de pesar,
Brilla y muéstrame el camino
De mi eterna claridad.

Con sencillas trovas vengo.
A juntarme yo también
A los himnos que te cantan
Los poetas en tu mes.

Si las acojes, dichoso,
Entre mis penas, seré,
Y confiado cada día,
Vendré á llorar a tus pies:
Que el alma que sufre quiere
Su lenitivo tener
Contando á una amante madre
Las penas que otras no ven....

Pío C. BRAVO MALO.

LA VIRGEN DEL CEMENTERIO

En los confines de mi patrio suelo
Existe una mansión triste y sombría,
Donde se oye el rumor de un arroyuelo
Que imita el estertor de la agonía:
Es el Panteón, morada del olvido,
Donde acuden los huérfanos sin nido.

Una tarde.... los céfiros de Mayo
Trajéronime recuerdos de congoja;
Y sentí el corazón, que con desmayo,
Palpitaba en el pecho, como la hoja
Movida por el soplo de la brisa,
Que entre el follaje leve se desliza.

El alma inquieta, de llorar ansiosa
Y conducida en alas del misterio....
Detúvose, cual pobre mariposa,
Al borde de un alar del cementerio,

Y allí mi llanto, que corría ardiente,
Mojó el sepulcro de un amigo ausente.

.....
.....
Después, con toda la emoción del alma,
Llamé en vano al amigo de ultratumba;
La triste soledad, la muda calma,
El funesto lenguaje de la tumba,
El silencio elocuente y pavoroso,
Daban eco á mi acento doloroso.

Nada había capaz de responderme:
Mármoles, epitafios y despojos;
La flor, el campanario, todo duerme....
Mas de improviso vi que dulces ojos
Me miraban con lánguida ternura,
Desde el nicho de pobre sepultura.

Eran esos los ojos de María,
Que, dibujada en una blanca losa,
Es la amable y eterna compañía
Del yerto polvo oculto en esa fosa....
Y cayendo á sus pies, ¡Madre, le dije,
Aleja Tú la angustia que me aflige !

Y ella, al hablarme en el idioma santo
De la oración, consuelo del creyente,
Calmó mi pena y me tendió su manto;
Y desde entonces, con amor ferviente,
Siempre te invoco, ¡ hermosa *Panteonera*...
Refugio del que sufre y del que espera!

FRANCISCO MARTÍNEZ A.

A MIS DISTINGUIDOS

Y PIADOSOS COMPAÑEROS, EN "EL LICEO
DE LA JUVENTUD DEL AZUAY."

Azuaya Juventud, con noble anhelo
Consagras tus *Primicias* á María,
Y busca tu creyente fantasía
La musa de sus cantos en el cielo.

Bien hace, Juventud, tu heroico celo,
Que las iras del vulgo desafía,
En oponer cristiana melodía
A los mundanos cánticos del suelo.

Hoy, que torpes los pueblos se arrodillan,
Rindiendo culto al infernal tirano,
Y su fe niegan y su honor mancillan,

Tú no desdigas del valor cristiano;
Pues en el cielo equiparados brillan
Los nombres de *creyente* y de *cuencano*.

MIGUEL CORDERO DÁVILA.

PERSONAL DEL LICEO.



Director General:
Sr. Dr. Dn. Luis Cordero.
Director especial:
Sr. Dr. Dn. Honorato Vázquez.
Presidente:
Sr. Miguel Cordero Dávila.
Vicepresidente:
Sr. Manuel M. Ortiz.
Secretario:
Sr. Alberto Rodríguez.
Prosecretario y tesorero:
Sr. José María Escudero R.

SOCIOS ACTUALES:

SEÑORES

Alfonso Andrade Ch.	Juan A. Iñiguez V.
Alfonso Malo R.	Luis A. Serrano.
Alfonso M. Mora.	Manuel Ruiz M.
Angel B. Merchán.	Manuel A. Guillén.
Eloy Avila.	Miguel Heredia C.
Emiliano J. Crespo.	Miguel Lazo.
Francisco Martínez A.	Nicanor Merchán.
F. Ricardo Cuesta V.	Pío Bravo M.
Guillermo Ochoa.	Ramón M. Burbano.
Humberto Cordero.	Teófilo Palacios.